

Extracto del texto:

D'Adamo, Orlando J. y García Beaudoux, Virginia (1999): Derecha e izquierda: ¿dos cajas vacías?. En Guadalupe, L.; Rodríguez Kauth, A. (1999): Psicología Política. México: Plaza y Valdés.

Derecha e izquierda: ¿dos cajas vacías?

Las categorías políticas y su función explicativa y estructuradora del universo político.

A lo largo de este siglo, que ya casi concluye, se han producido importantes y sustanciales variaciones en los escenarios políticos. Algunas de ellas quizás, puedan ser llamadas "paradójicas".

Si pensamos en el mundo que quedó configurado luego de la primera guerra mundial y lo comparamos con el que se delineó a posteriori de la segunda que, por otra parte, se mantuvo sin demasiados cambios durante la guerra fría; no podemos dejar de sorprendernos cuando nos encontramos con resurgimientos impensables hasta hace no demasiados años atrás. Baste sólo citar la actual división política en los Balcanes, la reaparición de cierto tipo de "nobleza" en la antigua Europa del Este, distintas formas de secesionismos que reivindican nacionalismos que parecían adormecidos; y en otro orden de cosas pero no menos importantes, el empleo de políticas tales como las "limpiezas étnicas" que evocan aciagos antecedentes. Y, lo que es más notable, todo ello acaeció de manera relativamente rápida, al cabo de unos pocos años.

Pero sin duda, si hay que elegir un momento en el cual la aceleración en el desarrollo de los acontecimientos cobra una dimensión hasta entonces inusitada, este es sin duda el final de los años '80. Y en esos años, el hito que cobraría relevancia fundamental como punto de partida y referencia obligada para los análisis políticos subsiguientes, es la caída del Muro de Berlín.

En pocas oportunidades probablemente, la metáfora del "efecto dominó" haya resultado tan útil para describir la serie concatenada de sucesos que fueron teniendo lugar con ulterioridad. En la dinámica de este proceso, los medios de comunicación jugaron un papel crucial. Las transmisiones en vivo e ininterrumpidas desde el lugar en que los hechos se sucedían, cumplieron sin duda un rol preponderante en relación a los eventos que parecían eclosionar descontroladamente. Una vez ya transformados (casi podría decirse "procesados") en noticias, se jerarquizaban según iban siendo ubicados en la agenda establecida por los mass media. Más aun, podría hipotetizarse que los medios de comunicación tuvieron un papel crucial dentro del proceso mismo de consolidación, a través de los efectos de "framing" (Iyengar, 1991), dado que la información difundida tendía a enmarcar el problema de manera tal que cualquier explicación brindada guiaba a cualquier audiencia a las mismas conclusiones: la necesidad de terminar con la división política que el muro simbolizaba.

La "aldea global" (McLuhan, 1967) se agitó al unísono frente a los cambios que los medios comunicaban diariamente. En palabras de Baudrillard (1992), "todo puede ir a una velocidad de vértigo (como lo pone de manifiesto los acontecimientos del Este)

precisamente porque no se trata de una construcción, sino de una deconstrucción masiva de la historia, que prácticamente adquiere una forma viral y epidémica" (p. 55).

Pero con la desaparición del muro no sólo cayó una división física de lo que hasta entonces constituían dos países, sino algo mucho más relevante desde el punto de vista psicológico social por su fundamental incidencia en las categorías de análisis y las actitudes políticas: concluyó una concepción bipolar del mundo que tuvo vigencia durante casi cincuenta años. Podemos presumir que ello habría repercutido de tal manera en las categorías que los individuos utilizan para ordenar la realidad política que, como señala Bobbio (1995) "se ha empezado a dudar, cada vez con mayor insistencia, de la validez y oportunidad misma de la distinción entre derecha e izquierda" (p. 77).

Si bien es posible suponer que la "deconstrucción" también habría alcanzado al nivel psicológico de los esquemas, categorías y actitudes políticas, las especulaciones a este respecto cobraron todo tipo de dimensiones. No faltó quien afirmara, por ejemplo, que nos encontrábamos frente al "fin de la historia" (Fukuyama, 1992) y a la crisis final de las ideologías.

Al desaparecer la confrontación Este-Oeste, la distinción derecha-izquierda que hasta ese entonces funcionaba como criterio ordenador de las cuestiones políticas parecía haber entrado "en una fase de caída libre" (Bosetti, 1993; p.14). En su artículo original, Fukuyama (1989) brinda argumentos de apoyo a la idea de que existiría un notable consenso mundial respecto a la legitimidad de la democracia como sistema de gobierno, producto de que ésta habría ido venciendo a sistemas rivales tales como la monarquía hereditaria, el fascismo y el comunismo. En este sentido, es que el autor sostiene que la democracia liberal podría constituir el punto final de la evolución ideológica de la humanidad, la forma final de gobierno, marcando el fin de la Historia, dado que la democracia liberal estaría libre de las contradicciones que llevaron a los demás sistemas a su caída y no siendo posible de mejorar el ideal planteado por ella. Los problemas sociales y las injusticias existentes en dicho sistema, no se deberían a fallas intrínsecas sino a una aplicación incompleta de sus principios. Lo que este autor sugiere que habría llegado a su fin no sería la sucesión de importantes acontecimientos sino de la historia en tanto proceso único, evolutivo y coherente; proceso que guía a la mayor parte de la humanidad hacia la democracia liberal.

Sin embargo, más de un lustro después, creemos que la cautela se impone en favor de lograr la mayor claridad y precisión posibles en los análisis respecto del problema. Afirmar que el "nuevo orden mundial" se encuentra establecido y goza de buena salud no deja de ser arriesgado si consideramos mínimamente los conflictos mundiales posteriores al desmembramiento de la Unión Soviética: guerras como las que tuvieron lugar en la ex-Yugoslavia, entre Rusia y los secesionistas chechenos, la guerra del Golfo Pérsico, y hasta el conflicto bélico entre Perú y Ecuador en sudamérica. Sin olvidar, en este cuadro de situación, lo que significan en la escena internacional el fundamentalismo musulmán y las tensiones derivadas de las luchas por la reafirmación de las identidades regionales y nacionales (D'Adamo, García Beaudoux; 1995). Nos encontraríamos entonces frente a "una fase de desconcierto, de redistribución de los roles, de confusión entre lo viejo y lo nuevo, de malentendidos, de acicalamientos, de inevitables ocasos de partidos, símbolos y personas" (Bosetti, 1993; p. 18).

Uno de los corolarios que con mayor frecuencia suelen derivarse de esta experiencia histórica es la llamada "superación" de las categorías derecha e izquierda tal como solían emplearse para el ordenamiento cognitivo del mundo político. La existencia de un universo político bipolar desde el punto de vista ideológico, poseía una fuerte carga categorial. En otras palabras, permitía un claro ordenamiento cognitivo del mundo a partir de las atribuciones que se les realizaban a ambos polos, y las conclusiones que de ellas se extraían.

No es nuestra intención defender la existencia de la bipolaridad política, sino subrayar las consecuencias cognitivas que de ella se derivaban para los actores políticos. Los conceptos "derecha" e "izquierda" se encontraban, por lógica, íntimamente vinculados con esa concepción bipolar del mundo. Es decir, extraían de ella su poder explicativo y estructurador de la realidad. En palabras de Inglehart (1990) "The Left-Right dimension, as a political concept, is a higher-level abstraction used to summarize one's stand on the important political issues of the day. It serves the function of organizing and simplifying a complex political reality, providing an overall orientation toward a potentially limitless number of issues, political parties and social groups" (p. 292-293). En este mismo sentido, aunque aludiendo más directamente al aspecto cognitivo del problema, Laponce (1981) argumenta que "complex ideologies or theories are usually reduced to a dyadic or triadic classification that stands as an overarching explanation of the mainfold" (p. 10).

Hay quienes sostienen que a partir de la desaparición del bloque soviético, que era una suerte de referente empírico o apoyatura fáctica de la conceptualización que conllevaba esta distinción, habríase diluido su vigencia. Nuestra proposición a este respecto, y sobre la que es nuestra intención profundizar con más detalle en las próximas páginas, es que creemos que la díada sobrevive aun cuando es esperable que dichas categorías hayan sufrido variaciones en sus contenidos a partir de la envergadura de los cambios contextuales acontecidos; así como también que tales cambios hayan ejercido alguna clase de influencia sobre el repertorio de categorías de análisis político empleadas por los actores.

No debemos olvidar que derecha e izquierda son conceptos relativos: no designan contenidos establecidos indefinidamente sino que ellos se definen contextualmente. Quizás, como señala Bobbio (1995), podríamos decir que la crisis de las ideologías habría efectivamente terminado con la díada si derecha e izquierda sólo fueran equivalentes a "ideología". Pero asignarles el lugar de la pura expresión del pensamiento ideológico-partidista sería un reduccionismo. Creemos que derecha e izquierda son conceptos que incluyen contrastes entre ideas, intereses y valoraciones más generales acerca de qué rumbos debería seguir la sociedad que exceden dicho marco y que "indican programas contrapuestos respecto a muchos problemas cuya solución pertenece habitualmente a la acción política ... contrastes que existen en todas las sociedades y que no parece que vayan a desaparecer" (Bobbio, 1995).

Antes de continuar con la discusión de estas cuestiones, creemos necesaria una breve referencia a ciertos conceptos que brinda la psicología social cognitiva, referidos al rol de las categorías y los esquemas en su función estructuradora de la realidad política, que serán de utilidad a los fines de nuestro trabajo.